fancia! ¡Qué desvarío!!! ¡Por cierto que causa lástima el considerar de cuán frágiles ilusiones se componen y alimentan á veces nuestros mas graves juicios! Y á pesar de esto, vivimos en paz y morimos. Morimos en un estado que si lo conociésemos, nos apresurariamos á salir de él; á veces lo sospechamos y ¡vamos al otro mundo con la sospecha!!! "En verdad, dice Pascal, es una gloria para la religion tener por enemigos á hombres tan irracionales."

Parécenos que estas consideraciones deben escitar vivamente la atencion al ir á presentar el cuadro de las pruebas mas directas de la divinidad del cristianismo, y hacer entrar á nuestros lectores en el ecsámen cuya oportunidad acabamos de demostrar.

III. Hay una consideracion, deducida de la disposicion general de nuestros estudios, que deberá dar á esta última parte una eficacia muy especial y un gran carácter de novedad.

Cuanto mas reflecsionamos sobre las disposiciones del entendimiento humano respecto de la religion, mas admiramos el poco fundamento que tienen las ilusiones de la incredulidad, y por qué combinaciones de luz, para hablar así, ha permitido Dios que pudiesen quedar en su ceguera los espíritus vanos que no ponen en la investigacion de la verdad toda la diligencia de que es digna, y que por lo mismo merecen el error que codician.

Muchísimas veces nos hemos preguntado cómo es que pruebas tan irrefragables como las que proporcionan los hechos evangélicos, pruebas de tal naturaleza que despues de todo nada real y positivo se les ha opuesto en diez y ocho siglos que se hallan espuestas á contradiccion; contra las cuales Voltaire no ha podido ser mas que un bufon, y Rousseau un sofista; que han obligado al silencio ó á vanos efugios á todos los que han querido destruirlas, y que hasta los han visto muchas veces, por la mas rara contradiccion, caer de rodillas ante la misma verdad de que querian ó habian blasfemado: nos hemos preguntado, repetimos, cómo es que pruebas semejantes no hacen una impresion igualmente soberana sobre todos los espíritus, y cómo es que siempre victoriosas, no son siempre convincentes.

Dos razones nos ha parecido ecsistir para la solucion de este problema: una proveniente de una disposicion moral, otra de una disposicion racional del espíritu humano. El célebre abogado Erskine las indicó muchas veces en sus escritos sobre el cristianismo, y vamos ahora á consignarlas.

Primeramente, por lo que respecta á la disposicion moral, es un error casi inescusable el pensar que la creencia en los hechos sea siempre independiente de la voluntad ó del estado moral de nuestro espíritu, y que por consiguiente esta creencia no es digna de alabanza ó vituperio. ¡Cuántos hay que dicen: las pruebas de la religion no me causan una impresion convincente; esto no depende de mí, yo no puedo darme la fé etc., y se duermen sobre esta ilusion! Si este lenguaje debiera tomarse al pié de la letra, podriamos ciertamente admirarnos de que estas mismas pruebas que determinan la fé del uno, no hicieran ninguna impresion en el otro, siendo así que ambos se hallan con frecuencia dotados de la misma disposicion y del mismo juicio, y están de acuerdo en todos los demás puntos que ecsaminan. ¿Por qué dos hombres verán generalmente lo mismo en las cosas ordinarias, y dejarán de entenderse al tratar de las pruebas de la religion? ¿Por qué este disentimiento tan profundo acerca de un solo punto, como si uno de los dos hubiese perdido instantáneamente el juicio? Y todo esto es tanto mas raro, cuanto que el punto de este disentimiento consiste muchas veces en lo que hay de menos vago, de mas preciso y de mas determinado por su naturaleza: *un hecho:* las profecías, por ejemplo, los milagros etc. . . . ¿De dónde proviene esto? De que cada vez que un hecho se encuentre enlazado de una manera íntima con un principio general, nuestra manera de considerar este hecho debe necesariamente resentirse del punto de vista bajo el cual consideramos el principio. Así, y únicamente así puede esplicarse la estraordinaria diversidad de creencias humanas en lo que concierne á *los hechos* políticos, como por ejemplo los complots y conspiraciones contra el gobierno, y los varios caracteres de los hombres políticos que han ocupado altos destinos. No es menos notable esta diversidad de situacion respecto de la mayor parte de los hechos morales. Hay algunos que parecen casi incapaces de creer en los grandes ejemplos de generosidad y desinterés. ¿Podria Neron dar crédito á una historia como la de Codro? El libertino no quiere creer en la virtud de las mujeres, el espíritu fuerte en la de los sacerdotes, etc. En una multitud de casos podemos por la misma razon prever con seguridad la manera con que será acogida la relacion de ciertos hechos por determinadas personas. La persuasion de admision ó el repudio de estos hechos pueden á veces ser involuntarios en los primeros momentos, es decir, encontrarse la consecuencia inevitable de un carácter moral muy pronunciado; pero entonces este carácter proviene anteriormente de una série de acciones voluntarias que lo hacen moralmente responsable de una persuasion que al mismo momento no depende ya de él, y no creemos ser injustos haciendo recaer la reprobacion ó el elogio moral sobre esta simple persuasion.

Lo mismo sucede con la diversidad de creencias en los hechos evangélicos. Hallándose estos hechos íntimamente enlazados con principios morales de una alta importancia, es natural suponer que la manera con que serán recibidos y la creencia de que serán objeto, deben participar mucho de la opinion que nos merezcan los principios mismos. Los que admiten los principios, estarán dispuestos á admitir tambien los hechos; los que niegan los principios, se sentirán naturalmente inclinados á la incredulidad de los hechos; y como esta apreciacion íntima de los principios morales forma parte de nuestro bueno ó mal carácter, la disposicion á la fé ó á la incredulidad que de aquí resulta, llega á ser un hecho libre, susceptible de censura y vituperio, y autoriza á decir con verdad que la fé es un deber y la incredulidad un crímen. A esto se refieren aquellas palabras del Evangelio: "El que cree en el

Hijo no se condenará; pero el que no cree en él está ya condenado."—Pero ¿por qué?—"Porque vino la luz al mundo, mas los hombres prefirieron las tinieblas á la luz, porque sus actos eran malos. . . Tal es el motivo de la condenacion."

Hay muchos que no se aperciben de este motivo que vicia su incredulidad, involuntaria en apariencia, porque cumplen con los deberes comunes de la ley natural; pero podemos hacerles dos observaciones:—la primera es que no siempre han cumplido con estos deberes, y que les ha quedado de sus antiguos desarreglos, á los cuales solo pone fin la edad, la posicion y á veces la propia conveniencia, una disposicion latente hácia los mismos principios de donde aquellos deberes proceden;—la segunda es que á mas de estos comunes deberes de la ley natural, el Evangelio, que es la ley natural perfeccionada, impone muchos otros deberes á que se resisten la naturaleza y el orgullo, y de aquí esa secreta resistencia á aquella luz mas pura, mas acusadora, mas obligatoria, que es la raiz de su incredulidad y que los acrimina: "ellos prefieren las tinieblas *naturales* á la luz *sobrenatural*, porque *respecto de esta* sus actos son tambien malos. Este es el motivo de su condenacion."

Es verdad que segun los principios que nosotros mismos hemos sentado, podrá decírsenos que tambien nosotros nos dejamos arrastrar por la pendiente de nuestras prevenciones, creyendo en los hechos evangélicos, y que apoyando nuestra creencia menos en la certidumbre de estos hechos en sí mismos, que en la influencia moral bajo la cual los juzgamos, carece del carácter de *racionalidad* que debe ser su único fundamento.

A esto es fácil contestar diciendo que la certidumbre de estos hechos en sí misma es independiente de semejante influencia; que estamos dispuestos á aducir los motivos de esta certidumbre, y que la inmensa diferencia que hay entre nosotros y los incrédulos, consiste en que no se hallan estos en igual posicion de poder señalar las razones motivadas de su incredulidad. Estos no objetan nada formal á la esposicion de las pruebas históricas del cristianismo, y se contentan con decir solamente que no están convencidos; ni siquiera niegan: dudan, siendo así que nosotros afirmamos apoyados en pruebas.

Nótese bien: una cosa es la *certidumbre* de un hecho, y otra la *conviccion* de este mismo hecho. La certidumbre de un hecho ecsiste siempre que puedan darse razones tales de su ecsistencia, que no haya otras razones mas fuertes para destruirlas, y que aplicadas á cualquiera otro hecho análogo harian obligatoria su admision. Así, si los hechos de la vida de Jesucristo se apoyan en razones históricas tan fuertes como las de los hechos de la vida de Sócrates ó de César, deberán darnos la *certidumbre* de aquellos hechos; y no dependerá por esto semejante certidumbre de la disposicion del carácter moral de cada uno de nosotros: tendrá sus reglas, ecsistirá por sí misma y á pesar nuestro. La *conviccion*, empero, puede no ecsistir á despecho de esta misma certidumbre, por lo que ya llevamos dicho. En un caso dado, nada tendremos que oponer que sea lógico; nos daremos por vencidos, y sin embargo no estaremos convencidos. Nada hay mas ciego, mas frívolo y fantástico que una pura conviccion, y sobre todo, nada es mas múltiplo; cada uno tiene su conviccion: es un modo de sentir á ciegas, influido por el humor, las pasiones y todos los accidentes internos ó esternos de la vida individual. Por esto decimos todos los dias que las convicciones no se discuten, lo cual no puede decirse de la certidumbre, que pertenece esencialmente al dominio de la discusion. Por consiguiente, para que la *conviccion* sea incontestable, debe estar justificada, debe ser racional, motivada, y estar fundada sobre la *certidumbre*.

Lo repetimos: entre la fé cristiana y la incredulidad hay la grandísima diferencia de que si es verdad que una y otra se inspiran de principios morales opuestos, no obstante, la conviccion cristiana descansa definitivamente en una *certidumbre* histórica y puede dar razon de sí misma, mientras que la incredulidad es esencialmente negativa de toda certidumbre, y se limita á una pura conviccion ó mas bien á un defecto de conviccion. Así es que nada hay mas flotante, menos enlazado y mas contradictorio en sí mismo que la incredulidad.

Aun no considerando mas que la influencia moral bajo que se forma la fé cristiana ó la incredulidad, la primera estribaria en mejores condiciones de verdad, precisamente porque importa mejores condiciones de virtud. Pero hay mas: la certidumbre que resulta á su favor de las varias pruebas de la divinidad del cristianismo, se eleva por fin á un acto de razon, de juicio y de pleno ejercicio de todas las facultades por cuyo medio percibimos lo verdadero. La incredulidad, al contrario, obedeciendo por un lado á una influencia moral sospechosa de error, porque no es relativamente pura, y no teniendo, por otro, ningun elemento de certidumbre que oponer á la certidumbre de la fé, se encuentra de necesidad como en suspenso y en oposicion con todas las garantías de la verdad. Peca por sus dos términos: el carácter moral y la certidumbre lógica. Por esto, ¡cosa notable y que prueba bien la armonía que hay entre estos dos términos! el restablecimiento del uno produce el del otro: la aquiescencia racional á la certidumbre evangélica entraña la reforma del carácter moral, y la reforma del carácter moral basta á veces para hacer reconocer la certidumbre evangélica y restablecer así entre los elementos de la *conviccion* y los de la *certidumbre*, la perfecta armonía de donde se origina lo que el corazon del hombre tiene de mas fuerte, porque participa de todas las potencias del alma: LA FE.

Esto es todo lo que teniamos que decir para esplicar la resistencia de la incredulidad á la certidumbre evangélica por una de sus causas: *la disposicion moral*.

El remedio de esta causa está contenido en las siguientes palabras de Juan-Jacobo, aplicables lo mismo al cristianismo que al deismo: "Hijo mio, procura tener tu alma en estado de desear siempre que haya un DIOS, y nunca dudarás de su ecsisten-

cia." (1)—Tened vuestra alma en estado de desear siempre que el Evangelio sea verdadero, que su autor sea Dios, y jamas dudareis de él.

Hay, no obstante, una segunda causa de la resistencia de ciertos espíritus á la demostracion evangélica, y que depende, como dijimos, de *una disposicion racional.*

Ecsiste en nuestra naturaleza un principio que rechaza las pruebas de un hecho y su demostracion, cuando las consecuencias que el hecho envuelve parecen imposibles ó absurdas. Las pruebas esteriores, consideradas con atencion, tienen la fuerza suficiente para convencer al hombre de la verdad de un hecho cualquiera, mientras no haya aquel rechazado anteriormente este hecho en sí mismo, sin ecsaminar las pruebas, declarándolo imposible. Esta idea de imposibilidad forma en él como un motivo de no admision prejuzgable de sentido comun, contra cuyo motivo se estrellan con frecuencia todos los rasgos de la evidencia estrínseca. Ya se conoce cuán peligrosa debe ser semejante disposicion, y á cuántos efectos de ignorancia y error daria orígen en cualquiera ciencia, si nos dejáramos llevar absolutamente por ella. Basta observar que en las mismas ciencias naturales hay muchas proposiciones ó fenómenos que parecen contradictorios ó imposibles, antes y á veces aun despues de la demostracion de su certidumbre. Principalmente en materias religiosas seria absurdo dejarse guiar por ella, pues estas materias son por naturaleza misteriosas, y jamas pueden dejar enteramente satisfecha nuestra comprension. Y como el espíritu humano se siente naturalmente inclinado á calificar de imposible lo que no comprende, la verdadera religion no podria tener nunca ningun género de prueba, si las pruebas estrínsecas de su divinidad pudiesen ser dominadas por esa pretendida razon de imposibilidad de su verdad intrínseca. Sin embargo, la gran causa secreta que paraliza el efecto de la demostracion evangélica en muchos entendimientos deistas, es la que acabamos de indicar. No quieren decir absolutamente que le es imposible á la razon comprender el que en una circunstancia cualquiera haya querido Dios manifestar su accion inmediata, porque esto seria contradecir la verdad que ellos mismos reconocen respecto de la creacion del mundo. Tampoco pueden decir que los hechos evangélicos, de los cuales resulta esta accion inmediata, son falsos; á lo menos nada tienen que objetar á las pruebas que en su favor aducimos; quieren decir tan solo, que atendido el objeto y la estructura intrínseca del cristianismo, es irracional suponer que pueda ser objeto de una intervencion directa del cielo (2).

Aun cuando esta preocupacion no sea, como hemos ya demostrado, legítima en sí misma, nos parece que los apologistas cristianos no han sacado de ella todo el partido que debian, y que sin pretender reducir la sustancia misteriosa del cristianismo á las proporciones de la razon humana, lo cual seria contradictorio, no han cuidado bastante de hacer ver que el cristianismo considerado en sí mismo no era ni absurdo ni contrario á la razon. Se ha confiado demasiado esclusivamente en su evidencia estrínseca. Se ha querido probar demasiado, y se ha descuidado lo principal, que era persuadir. Finalmente, se ha separado demasiado las pruebas intrínsecas de las estrínsecas. Esto nos esplica en gran parte la incredulidad, pues generalmente los espíritus fuertes no conocen la sustancia del cristianismo, y descuidan por esto ó desprecian el punto esencial sobre el cual el mismo Dios fundó su admisibilidad, y por el cual nos invitó á la creencia.

Es verdad, como tambien observamos en otro lugar, que acaso los espíritus jamas hasta ahora habian estado en tan buena disposicion en favor de este estudio intrínseco. En los siglos de fé era esto demasiado prematuro, y quizás hubiera habido peligro en que se hubiese apelado con anticipacion al ecsámen filosófico de los dogmas, conocidos entonces por medio de la instruccion tradicional, y sobre todo por su frecuente participacion. En el siglo de incredulidad que de repente les sucedió, era lo mismo demasiado tardío; y no aspirando el furor de las precauciones filosóficas mas que á destruirlo todo y á mofarse con una lijereza sacrílega de las divinas verdades, lo mejor que podia hacerse era encerrar á éstas dentro del santuario y defenderlas en el esterior. Tan solo en nuestros dias, en que una reaccion religiosa ha empezado á introducir, si no la fé, á lo menos la buena fé en los espíritus; en que hay deseos de creer, si no se cree aún; y en que á toda la ignorancia de los tiempos de inocencia, se juntan todas las ecsigencias filosóficas de los tiempos muy adelantados; en nuestros dias, repetimos, el estudio intrínseco se ha hecho posible, y por consiguiente las pruebas estrínsecas adquieren por este medio una fuerza enteramente nueva.

Aunque son estas suficientes para demostrar que Dios habló, apoyándose en la autoridad de los hechos sobrenaturales de que su palabra va siempre acompañada, por mas concluyente que sea esta prueba, no puede ella producir todo su efecto mientras quede en los espíritus algun resto de la preocupacion de que la doctrina cristiana, objeto de aquella divina palabra, repugna á la razon. Demostrar que esta doctrina no repugna á la razon, es, pues, remover el obstáculo que estorbaba la senda de las pruebas estrínsecas, es prepararla para

(1) Emilio, lib. 4.

(2) El ilustrado presbítero de Gourey esponia perfectamente esta estravagancia de la incredulidad de su tiempo, semejante en este punto, como en todos los demas, á la incredulidad de los primeros siglos del cristianismo. "Fieles imitadores de *Celso*, decia, los incrédulos han seguido constantemente la secta que aquel les habia trazado, y nunca han querido entrar en la verdadera, que hace tantos siglos les mostraba *Orígenes*. Evitan la discusion de los hechos incontestables segun todas las reglas de la certidumbre histórica, y que demuestran con evidencia la divinidad de Jesucristo y de su religion, porque no pueden impugnarlos; y como tampoco pueden debilitar las inducciones victoriosas que de ellos deducimos, procuran no tocarlos. No se trata, dicen, de ecsaminar si son ó no efectivos, sino de si la doctrina y los misterios que en ellos se apoyan, son dignos de Dios y están conformes con la razon.... Así, por un capricho estravagante que únicamente el interés de una causa desesperada puede sugerirles, se obstinan en hacer á la razon juez de lo que está manifiestamente fuera del dominio de la razon, y no quieren servirse de ella para comprobar los hechos ciertos y decisivos que están al alcance de la razon." [*Antiguos apologistas de la religion cristiana*, tom. II.]

creer en ellas. Manifestar desde luego que el cristianismo no es absurdo, que es razonable y hasta que brilla con apariencias enteramente divinas, es introducirse ya en el camino de que es divino en efecto, y predisponer los lectores á las pruebas incontestables de este último punto. He aquí lo que hemos hecho en la segunda parte de nuestros *Estudios*, que forma de este modo la *preparacion evangélica*, relativamente á la última parte que será su *demostracion.*

Por mas misteriosa que permanezca en su fondo la doctrina cristiana, sostiene siempre por sí misma su divinidad á los ojos de la razon, como hemos podido esperimentarlo en el ímprobo trabajo que sobre ella llevamos hecho. Despues de este trabajo, y penetrados aún de la admiracion que en nosotros escitó, ¿cómo podriamos resistirnos á admitir la prueba de que esta doctrina procede en realidad del cielo?

ESTO DEBE SER ASÍ: tal es el resultado de lo que precede.

ESTO ES ASÍ: tal será el resultado de lo que sigue.

Dejamos sentados ya los firmes cimientos de este resultado en la parte preliminar, tratando *de la inspiracion de Moisés por medio de las ciencias,—de la naturaleza humana,—de la institucion de los sacrificios,—de la esperanza universal del libertador,—de las circunstancias de la venida y del reino de Jesucristo.*—Y estos solos cimientos pudieron autorizarnos para deducir desde luego la divinidad del cristianismo.

Ahora, empero,—despues de habernos despojado de toda falsa y mezquina prevencion contra el cristianismo estudiándolo en su sustancia,—vamos á volver á este órden de pruebas, valiéndonos de los hechos que tocamos al comenzar; con la única diferencia que en la primera parte eran hechos preliminares, universales y generales, y ahora serán hechos inmediatos, particulares y especiales.

El estudio intrínseco del cristianismo, que, á nuestro modo de ver, ha debido ser la parte principal y como el alma de la obra, se encontrará de este modo como envuelto dentro de un cuerpo de pruebas sensibles. Aquella alma y este cuerpo obrarán recíprocamente uno sobre otro, hasta satisfacer á la vez todas las ecsigencias de nuestro espíritu, apoderarse de él enteramente, y no dejarle ningun motivo fundado de resistencia á una verdad tan amplia, tan diversa y abundantemente comprobada.

La parte de esta vasta demostracion que nos queda por presentar, es la menos nueva, y ha sido tantas veces y tan ventajosamente tratada, que hubiéramos podido remitir los lectores á las escelentes obras de l'Abbadie, de Houtteville, de Duguet, de Bergier, de Freyssinous y de Duvoisin; pero nos hemos decidido á tratarla de nuevo para ponerla de acuerdo con el todo de nuestros *Estudios* y con las disposiciones actuales de los espíritus, menos contenciosos y mas accesibles á las razones de sentido comun y de evidencia natural. No tendremos, pues, necesidad de penetrar mucho en las críticas detalladas, y nos bastará presentar el sumario de cada cosa de por sí: lo restante se irá cayendo por su propio peso, y podrá encontrarse ademas en las sabias apologías que hemos indicado.

CAPITULO II.

JESUCRISTO.

I. "Aun bajo el punto de vista filosófico, el cristianismo no es tan solo una mera concepcion de la inteligencia, es algo mas: es un hecho, *el mayor de todos*, hecho que tiene por centro *la persona del Cristo*, del Cristo *tal como nos le representa el Evangelio.*" (1)

Este hecho positivo sirve de apoyo á una grande inteligencia que, cansada de sus estravíos por las regiones de la duda, acaba de reconocerse para volver á la verdad y descansar.

Dogmatícese ó filosófese cuanto se quiera, siempre descollará por encima de todo un hecho sobre el cual es forzosamente necesario formarse una opinion y tomar partido.

Sobre esta tierra que nos sostiene, entre todos los hombres que por ella han pasado y dejado impresas sus huellas, hay UNO que vivió, habló y obró, y fué visto, oido y tocado: el lugar, la época y la duracion de su ecsistencia, y los hechos principales que la distinguen, todo es cierto, preciso, positivo, como el hecho que tenemos actualmente á nuestra vista. Dudar de la ecsistencia y de los principales hechos de Sócrates seria locura: pues bien, *los hechos de Sócrates están menos atestiguados que los de* JESUCRISTO (2).

Sócrates, Alejandro, César, Carlomagno, y todos aquellos cuya ecsistencia está mas comprobada por la accion que imprimió en el mundo, todos esos hombres entraron en el dominio de la historia hace mucho tiempo; terminaron su vida, cediendo la escena de los sucesos á otros que la cedieron á otros á su vez, y lo mas que ha sucedido es, que un amigo ó un discípulo fiel se haya acordado de ellos durante una generacion. Ni siquiera el odio ha sido duradero sobre su memoria, y la impasible posteridad ha consagrado la nada absoluta donde entró su ecsistencia por medio de la misma imparcialidad de sus juicios. No vayamos tan lejos: entre los mismos hombres que nosotros hemos visto, hay uno que puede servir de comprobante á la reflecsion que estamos haciendo, y que durante su vida se la habia aplicado á sí mismo: ¡Napoleon! ¡Qué estrépito no movió! ¡cuántos espacios no llenó su fama! ¡en cuántos acontecimientos no fué autor! ¡Jamas ecsistencia alguna fué mas vasta, mas agitada, mas colosal! nosotros mismos lo vimos: pues bien, ¡cuántos de nosotros pueden decir en la actualidad:—*No he hecho mas que pasar, y ya no ecsistia!*—¿Quién se conmueve á su recuerdo?.... Entró para siempre en la nada, y los mármoles que cubren sus restos son

(1) Schelling, *Discurso de apertura*, Berlin.—*Revista independ.* del 1.° de Mayo de 1842.

(2) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. 4.